

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN 17 DE NOVIEMBRE DE 1847.

En cualquiera ocasion, Señores, bajo cualquiera título que me abrieran paso para llegar hasta el escabel de sus sillas los esclarecidos varones que en este recinto se congregan; al dirigir una mirada sobre el reducido punto de mi propia suficiencia, para volverla con gratitud reverente por todo el ámbito en que se dilata la benevolencia de los que me dispensan tan alta honra, sería, no ménos que un justo tributo de agradecido reconocimiento, una declaracion sobradamente motivada de aquella sumision respetuosa, con que la modestia sincera se complace en recogerse dentro de su pudor, para rendir acatamiento á la alteza de los claros nombres, de las indisputadas glorias.

Pero el desempeño, en los momentos presentes, de deuda para mí tan sagrada; la contemplacion de mi exíguo valer ante la grandeza de tan cumplidos merecimientos, no es en el comienzo de mi discurso una fórmula obligada de cortesía, ni una idéa incoherente con el órden ulterior de mis razonamientos. Tan adelante, señores, ha penetrado en mi ánimo esta consideracion, tan impetuoso y vivo ha sido el estímulo de mi gratitud, que ha bas-

tado él sólo para formar asunto de una meditacion detenida; que él sólo ha venido á ser la base fundamental de mi discurso; y culpa será, Señores, de mi rudo ingenio, culpa tambien de las circunstancias que me han rodeado, si no corresponde, como cualquiera otro tema más literario ó más académico, á la solemne y señalada ocasion en que me traen á decirlo vuestra generosidad y mi buena ventura. En éste, como en todos los casos prósperos ó adversos de mi vida, mis pensamientos no han podido acomodarse dentro de una tésis de antemano redondeada y medida; en ésta, como en otras circunstancias, el corazon ha hablado primero, y de sus movimientos ha brotado despues, como del pedernal herido, ora la centella de la verdad teórica que buscaba, ó más veces, por desgracia, el vapor fosfórico de las que, en su esencia, ilusiones de la fantasía, visten ante los ojos desvanecidos del hombre pensador las resplandecientes formas ó los galanos ropajes de luminosos descubrimientos.

Verdad es, Señores, que al penetrar en este recinto he debido considerar cómo todos los ilustres varones aquí reunidos, han escrito más de una página indeleble en el libro de oro de nuestros gloriosos fastos literarios; cómo todos llevan en sus manos una guirnalda inmarcesible para la siempre verde corona de la musa castellana. Donde quiera que hubieran de volverse mis ojos, habrian de presentármese venerables acusadores emplazándome con severidad ante el tribunal de gloriosos muertos ó de afamados vivos, interrogándome en nombre de una literatura que muere, y de una literatura que revive, sobre los títulos que yo presentaba, para allegarlos á lo pasado, ó para encomendarlos al porvenir. Los unos podrian preguntarme si había levantado sobre el teatro español el

coturno de Sófoles, ó hecho suspirar los campos de mi Patria con las graciosas modulaciones de Anacreonte; los otros, si había conservado, en bien de las costumbres, la herencia y la enseñanza de Iriarte y de Moratin. Allí, vivo aún el ingenio armonioso de los Herreras y Riojas, pediríame estrecha cuenta de la sonoridad de incorrectas estancias, de la frase castiza y heróico número de endebles y desaliñadas estrofas; allá, el Tirtéo de nuestra guerra sagrada podría decirme qué patrióticos ditirambos había yo consagrado á la libertad de mi Patria.

Los que todavía pueden repetir las palabras de oro que recogieron de los lábios de Jovellanos, me preguntarian si adelantaban un siglo, como las de aquel grande hombre, mis concepciones políticas y mis teorías económicas: los que hoy han exornado el saber del jurisconsulto con la belleza de la frase elegante y del decir grandilocuente, podrian reclamar el fruto de mis estudios en la ciencia de la justicia, y desconocer en mis oscuras y olvidadas polémicas el carácter de un periodismo, elevado por ellos á una alta y digna magistratura. De un lado los émulos de Calderon, de Tirso y de Moreto, presentaríanme, resucitadas sobre la escena nacional, las heróicas figuras de los Cides, de los Guzmanes, de las Marias y de los Fernandos; en otro, los hijos de Solís y de Mariana buscarian en vano sobre mis páginas los nombres de los grandes Reyes ó de los esforzados Capitanes. Qué bellezas nuevas había descubierto con el telescopio de la crítica en los astros de nuestra esfera literaria, me demandarian los filosóficos intérpretes de nuestras antiguas leyendas; qué autores clásicos había hecho hablar en el idioma de los nietos de Marcial, podía preguntarme la musa venerable del que llevó á los cármes del Genil el génio de

Horacio; ó con qué nuevos principios de crítica y de ciencia había abierto camino á los vates venideros, podía interrogarme con severo acento desde las orillas del Guadalquivir, la voz aún no apagada del Maestro querido de toda una generacion literaria.

Á estas preguntas, Señores, tenía que enmudecer avergonzado. Buscando los títulos de mi suficiencia, no encontraría sino los de mi presuncion. Estas voces magestuosas y penetrantes habían de resonar con su propio eco en el vacío de mis trabajos. Mi existencia literaria no pasaba de ser una iniciacion interrumpida. Mis escritos eran bosquejos: mis cantos nada más que preludios. Por taréas de historia sólo podría ofrecer breves y diminutas reseñas individuales: y mis estudios morales ó políticos desvaneceríanse en las tinieblas del olvido, como las exhalaciones meteóricas de una noche de tormenta, ó habrian corrido arrastradas en el velocísimo raudal de ese torrente, más atronador que fecundo, con que la prensa ruge entumecida por entre los partidos, en los borrascosos dias de las tempestades políticas.

La evidencia de mi flaqueza fué, Señores, tan profunda en mi ánimo, que no atreviéndome á extremar mi propia modestia en desdoro del alto juicio de la Academia, osé buscar una significacion á mi nombramiento, ya que no podia buscarla en mi oscuro nombre; no de otra manera que ciertos arqueólogos, inquiriendo el significado simbólico de un extraño geroglífico, ya que no acierten á descifrar el enigma, alcanzan á declarar con nuevos juicios el sentido de las confusas historias.

Lo que no hubiera podido responder á la Academia interrogándome, héme atrevido yo á indagarlo en el pensamiento de la Academia. Al ser indulgente y benévola

conmigo, ha querido mostrar tal vez la necesidad de serlo con la época que corremos. No consagrando trabajos, sino prohiendo conatos y deséos, no ha querido sin duda hacer una declaracion de ciencia, sino calificar el carácter de una existencia.

He supuesto que recorriendo las alternadas fases de mi vida política y literaria, la Academia ha creído escuchar una tónica predominante en éste desacordado concierto de acciones y de pensamientos, y adivinar con generosa benevolencia que estaban subordinados á una sola idéa, á una sola tendencia y aspiracion; y que esta aspiracion y esta tendencia, más bien á la region de las letras que á la esfera de los negocios políticos, iban guiadas. Más bien que juzgar indulgente mis escritos, ha presumido, sin duda, benévola, lo que pudieran haber sido mis trabajos, si una existencia ménos dividida y agitada hubiera concentrado mis esfuerzos sobre un objeto, perenne y exclusivamente literario.

La Academia, en fin, habrá considerado que en la agitación tumultuosa de la sociedad actual hay existencias que pertenecen, por la primitiva consagracion de su alma, á la religion de la literatura; pero á quienes la parte que les cabe en la práctica de los negocios públicos, y en la comunión activa de la vida social, impiden pasar adelante de los dinteles de oro, que en el templo de las musas separan las curules de los sacerdotes, del vestíbulo en que se prosternan los profanos. La Academia ha podido creer que alguna vez debian franquearse estos sacros penetrales á perseverantes devotos.

No de otra manera, Señores, en nuestras antiguas basílicas se guardaba un asiento de honor en las graderías de sus coros, ó en los escaños de sus presbiterios, para

aquellos caballeros, que en rudos combates ó en arriesgadas peregrinaciones, habian acometido una empresa, ó consagrado una ofrenda piadosamente meritoria de la Iglesia Santa. Si así fuera, Señores, cúpleme rendir de nuevo á los piés de la Academia el tributo de mi acrisolada gratitud, por cuanto tiene para mí de merced doblemente generosa distincion tan señalada.

Pero, si dejando á un lado mi personal merecimiento para hacerme cargo de consideraciones más generales, aquella muestra de tolerancia pudiera ser parte para caracterizar la condicion de una época literaria, de camino que cumplía con la obligacion de agradecerla, cuadraba maravillosamente á mi propósito la taréa de explicarla; encontrándome así naturalmente conducido á considerar hasta qué punto la participacion en los negocios públicos de los que cultivan las letras y profesan las ciencias, puede ser causa ó síntoma de decadencia en la literatura de una edad; hasta qué punto el consorcio de las tareas políticas con los trabajos del entendimiento, de la vida práctica con la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza, puede ceder en detrimento de los adelantos del saber, y rebajar los quilates de la perfeccion ideal con la liga impura de las miserias terrenas, de las pasiones mundanas, de los intereses y necesidades materiales.

Cuestion es esta, Señores, que á mi entender se presta á ser dilucidada. Bajo la pluma de un observador filosófico ó de algun crítico profundo, su detenido exámen pudiera dar ocasion á consideraciones harto variadas y feundas. No lo eran tanto quizá las especies, que, contravertidas por muchos años en el parangon de las letras y las armas, dieron lugar desde lo antiguo á luminosas disertaciones y á razonamientos, no los ménos decora-

dos y famosos entre las producciones de inmortales ingénios.

Ceñido yo por los límites de mi entendimiento, y por la cortedad del mayor tiempo que pudiera usurpar á la atención más indulgente, puesto que no me confieso bastante atrevido para el propósito de tratarla, no puedo resolverme á proponerla tan de paso, que no deje asentadas algunas indicaciones sobre los términos de decidirla. Podrán no servir quizá para fijar una conclusión, ó para determinar resueltamente una tesis; pero no estarán de sobra para encaminar investigaciones más detenidas, y para conducir á afirmaciones ménos problemáticas, en punto que algo importa á la historia de las artes, al estudio de las vicisitudes y progresos del espíritu humano.

Lo que la Historia nos enseña indudablemente, Señores, es que los caminos de la perfección intelectual y literaria no son las veredas de la tierra. Acontece con la investigación de la verdad, y con la intuición de la belleza, lo que con el descubrimiento de las tierras lejanas para el navegante atrevido. No ha menester mirar en derredor de sus pasos la derrota de su camino. Una brújula á través de un cristal, le señala el polo; una estrella más allá de las nubes, le demarca el rumbo.

La mitología y la tradición de todos los pueblos ha colocado en todo tiempo los orígenes de las artes y de las ciencias en la revelación del cielo, en los misterios del santuario, en las cumbres del Olimpo, en la cima del Parnaso, en los arcanos de subterráneas profundidades, morada de númenes superiores. Esta enseñanza religiosa y tradicional no la desmiente por su parte la Historia. Las concepciones grandiosas del espíritu, las máximas fundamentales de la moral, los partos sublimes del ingenio,

las obras maestras del arte, el descubrimiento de aquellas verdades, que cambian la faz de los pueblos, y que imprimen nuevo impulso á la marcha de los siglos, y nueva dirección á los conocimientos humanos, han sido en todo tiempo fruto de aquella soledad contemplativa, de aquel retraimiento religioso, que es la verdadera comunicación del espíritu del hombre con la divina inteligencia, y el sentido genuino de lo que con su pompa, su énfasis y su alegoría, quiso consagrar el simbólico lenguaje de las generaciones primitivas.

No en vano el saber ha revestido siempre el carácter de sacerdocio para los que adoraron sus oráculos: no en vano los grandes poetas fueron aclamados como hombres divinos. Este sacerdocio tanto ha querido significar como consagración, como sacrificio, como dedicación exclusiva, como desprendimiento del mundo material, como absoluto abandono de la personalidad humana y de sus terrenales intereses: aquella divinidad fué la intuición inmediata de la inmortal belleza, la contemplación espiritual y directa de las leyes de la verdad eterna. Colocadas á más excelsa altura en las zonas del mundo moral, como en el mundo físico las cumbres más altas de las cordilleras, las eminencias del espíritu humano han necesitado estar solas en su región, solas con su luz y su cielo, y su peculiar enrarecida atmósfera, como soles con sus rayos y sus tempestades; y aisladas más de una vez, como las agnijas eléctricas, para que pudiera descender por ellas el fuego del cielo.

Sólo así, Señores, los poetas y los legisladores, los artistas y los filósofos pudieron ser los fundadores de los pueblos y los maestros de las gentes. Si los grandes hombres hubieran sido no más que la representación de los

tiempos que alcanzaron, y el espejo de la sociedad en que vivieron, no los hubiera apellidado el mundo sus lumbreras, ni sus guías las generaciones.

No ha sucedido así, Señores: la sociedad humana no ha caminado sin llevar delante exploradores á quienes Dios enseñara los caminos. Para que la civilizacion adelantara, necesario fué que nacieran hombres que adivinaran lo que la humanidad no sabía, y que aprendieran léjos del mundo, lo que el mundo en que vivían, no podía enseñarles.

Ved aquí, Señores (así me atrevo á creerlo), porqué todos los días se reproduce delante de nuestros ojos un fenómeno histórico que no explican ciertos sistemas, que no admiten ciertas creencias. Ved aquí porqué existieron en pueblos rudos idiomas filosóficos y armoniosos, poemas acabados y perfectos en civilizaciones nacies: ved aquí porqué encontramos principios de admirable moralidad en el código de naciones corrompidas; porqué nos asombran las obras maestras del arte en periodos atrasados; porqué los cálculos sublimes de las matemáticas y los descubrimientos transcendentales de la astronomía preceden á la ordenacion del calendario en pueblos todavía en su infancia; porqué construyó las Pirámides una generacion, que probablemente no sabía escribir, y porqué están de pié todavía, delante de nuestros ojos, maravillas de arquitectura, herencia de tiempos no lejanos, de indisputable cuanto densísima barbarie.

Si del origen de las primitivas verdades, puntales y fundamentos de las ciencias, nos place descender á aquella edad, en que la inspiracion de las artes pudo ser mémos original y más imitativa; en que la obra de los filósofos fué de investigacion y adelanto, y la taréa de los

sábios, de aplicacion y de experiencia, todavía nos es dado reconocer que para llevar adelante la empresa del saber humano, fué necesaria la consagracion entera de la existencia del hombre. Una de las primeras obras filosóficas con que se encabezan los fastos de las ciencias, sancionó esta sentencia en un inmortal apotegma.

Al anunciar el sábio de Cós el evangelio de su enseñanza con las solemnes palabras *Ars longa vita brevis*, proclamaba al frente de los principios de la medicina el aforismo primordial de la literatura. Siendo el arte más que la vida, en el órden del tiempo, no podía exigir mémos que la vida toda. Pero el arte es además la inspiracion, y la inspiracion es el fanatismo. La elevada filosofía es además la síntesis, y la síntesis es el aislamiento. La ciencia es además el análisis, el estudio, la investigacion, la asiduidad, lo exclusivo. Razon por la cual, Señores, si en las edades fabulosas hubo ninfas inspiradoras y conferencias con los númenes, en otra, si bien más cercana antigüedad, hubo cavernas de ascética austeridad, adonde se retiraron los filósofos, y soledades de claustros, donde se guardaron los secretos de la sabiduría, y revivieron en trabajos de penitente paciencia las maravillas de las artes. Si el fanatismo de la verdad hizo á Sócrates beber la cicuta, más tarde Galileo debia esperar en un calabozo la revolucion de la astronomía. Si Plinio corrió á sepultarse en el Vesubio, y Arquímedes no sintió los pasos de los asesinos, Cook en nuestros días se dejó despedazar por los salvajes, y Lavoisier pedía á sus verdugos unos días de plazo para verificar un experimento.

Si es verdad que el ciego de Esmirna mendigaba su pan de los pueblos á quienes contaba las hazañas de sus hé-

roes, con mayor certeza sabemos que los más esclarecidos entre los Homeros de la nueva edad heroica, compraron su corona de inmortalidad al triste precio de morir mendigos. Recorriendo la inmensa galería de los conocimientos humanos; repasando el glorioso catálogo de los nombres, que así en lo antiguo como en lo moderno representan á los arquitectos y directores de la grande obra; registrando las páginas de aquel libro de oro, que empieza en Homero para concluir en Cervantes, que alcanza desde Ésquilo á Calderon y á Racine, que llega de Herodoto á Mariana, de Pitágoras á Kant, de Aristóteles á Cuvier, y desde San Pablo á Bossuet, apenas nos es dado preguntar, con intencion de duda, si fuera de la consagracion de la vida es general condicion la medianía, si fuera de la dedicacion exclusiva hay puesto para la gloria. La respuesta, que nos dan las generaciones pasadas, no es en verdad demasadamente lisonjera para los que se atrevan á creer con presuncion orgullosa que se pueden servir á un tiempo los altares de la ambicion y los de la ciencia, y que el mismo carro con que el mundo paséa en triunfo á los héroes del poder, sirve para volar sobre los siglos á través del éter de los cielos.

Sin embargo, Señores, es necesario distinguir en este exámen la vida de los hombres, y la historia de los pueblos. En derredor de esos soles del firmamento intelectual ha colocado Dios los mundos de una creacion, que no deja de ser magnífica y espléndida, aunque sea por ellos iluminada. Si, como el del sol, el fuego del génio vive de su propia esencia, hay en el género humano otro principio de vida artística y de movimiento moral, que, como en el orden físico, se desenvuelve en la fecundacion recíproca de los séres, y en la mútua partici-

pacion de la existencia. Si el génio es el privilegio de la divinidad, la especie humana ha recibido tambien y acumulado su patrimonio comun de sabiduría. Si los astros mayores de la inteligencia brillan con el propio resplandor, que en ellos mismos se alimenta, y que con ellos se extingue, hay una herencia de verdades prácticas, un tesoro comun de idéas adquiridas y cultivadas, que unos á otros se van encomendando y transmitiendo, dilatando y engrandeciendo los siglos en el lento y laborioso afan de su civilizacion no interrumpida. Si Dios suscita esos titanes, que arrebatan, como Prometéo, los rayos divinos, extiéndese á los piés de esos colosos un dilatado espácio, en que es dado á las inteligencias más prácticas reducir á dimensiones proporcionadas la grandiosa figura, velando á veces sus resplandores para que no nos deslumbren por lo que tienen de divinos; á veces tambien reduciendo sus proporciones al compás de las humanas medidas, para quitar á los gigantes lo que pudieran tener de mónstruos.

Si sobre la arena en que se levantan las Pirámides se han sucedido generaciones de ciudades; si á la sombra de los templos y de las fortalezas, que cuentan por siglos los años de su duracion, asentaron los hombres su morada en edificios, que, no por haberse arruinado y construido cien veces, dejaron de ser espléndidas metrópolis de la riqueza y del señorío de los Imperios, no de otra manera al pié de los monumentos del ingénio, construyeron, idéa por idéa, los arquitectos del saber, vastísimos alcázares de sistemas, pintorescas residencias y frondosos jardines de amena y deleitosa literatura.

Á esta construccion gradual y sucesiva, á esta obra comun de las edades y de las generaciones, no concurrió solamente el ingénio creador ó divino. Seguida con

ojos atentos la historia de este trabajo general, al que llevó cada pueblo su taréa, y cada inteligencia su jornal penoso, ¿podremos asegurar tan absolutamente que el humano saber haya padecido menoscabo, ó que los dominios de la belleza hayan menguado en riqueza y extension, porque los operarios de esta obra perenne reunieran, combinadas en justas proporciones, las dotes artísticas del alma y los afectos de su época; el conocimiento experimental del mundo, y el estudio metafísico del hombre; la participacion de la vida social y la investigacion filosófica de las verdades abstractas?

Yo me atrevo á creer, Señores, que la Historia responde ménos severa, y que la civilizacion hace justicia á los esfuerzos y sacrificios de aquellas almas generosas, sobre las cuales el mundo no cargó tan pesadamente el yugo de sus intereses y pasiones, que no dejara á su razon albedrío para estudiar las leyes de los mismos hechos en que se veían encadenadas: yo me atrevo á asegurar que la literatura guarda grata memoria de aquellos corazones entusiastas, que en medio de los afectos con que combatieron, encontraron una expresion artística para revelarlos al mundo en forma de ideal belleza, ó con tonos de celestial armonía. Quizá, Señores, la Historia podrá atestiguar que los hombres y los pueblos, que tocaron más de cerca las realidades de la vida, si no se elevaron á las regiones sublimes del idealismo, comprendieron más exactamente la verdad; que si no rayaron muy alto en transcendentales teorías, no se extraviaron tantas veces en aquellas paradojas, con que la eterna sabiduría castiga diariamente el orgullo de la curiosidad humana, y que, si más circunspectos ó ménos temerarios, no dilataron tanto las conquistas del saber, han presentado con

ménos frecuencia el espectáculo de aquellos lastimosos errores, que en el mundo moral reemplazan á las devastaciones del fuego y de la espada.

Hay un sentimiento interior que nos revela esta verdad ántes de que la Historia nos la enseñe: el reconocimiento de nuestro propio corazon, la conciencia de nuestro propio juicio nos la comprueban. ¿Quién de nosotros no ha podido hacer en su ánimo el experimento de la grave modificacion, que imprime á sus sentimientos ó á sus ratiocinios la proximidad de los objetos, que ocupaban en un ideal lejano su especulativa solitaria? ¿Cuántas veces el rigor de una abstracta dialéctica ha conducido nuestras meditaciones á resultados de matemática exactitud, que se desvanecieron como ilusiones de óptica al primer contacto de los hechos! ¿Cuántos proyectos generosos, brotando en nuestro corazon á impulsos del más noble deseo, no han llegado á verse, como alucinaciones de la fantasía en noche de insomnio, disipados á la luz primera del conocimiento de las pasiones humanas! ¿No nos ha sucedido á todos no comprender la historia de otros tiempos, hasta que hemos visto correr la de nuestra época? ¿No hemos aprendido mejor que nuestros padres las revoluciones antiguas, porque las hemos presenciado análogas? Y Tácito, que todavía en tiempo de Rousseau era un libro solo inteligible para los ancianos, ¿no se ha hecho, por desgracia, en nuestros dias, lectura familiar y perspicua aun para los jóvenes?

Hasta en la escena literaria, Señores, más de una vez hemos admirado los grandiosos personajes creados por la imaginacion, ó la viveza de colorido con que realzaba la Historia algun narrador elocuente de las acciones humanas; y luego hemos aprendido que no pasan de tal

manera las escenas de la vida; que no revisten proporciones tan clásicas las peripécias de la política, y que hay en los infortunios del hombre, y en las catástrofes de los pueblos, una grandeza de más honda impresion, una verdad, cuyo estudio experimental puede suministrar al talento más ricos tesoros de artística belleza, que los que acumula la desnuda fantasía en sus más animadas creaciones.

Lo que nos revela nuestro propio corazón, á poco que le ilustren las mudanzas de la varia fortuna, ó los ejemplos de una mediana experiencia, lo encontramos reproducido con más abultadas proporciones en la vida de aquellos pueblos, cuya historia ha llegado con alguna exactitud á nuestro conocimiento. Así como los hombres, las naciones tienen períodos en que las artes y el saber vivieron en union con la vida práctica, y enlazadas al movimiento social. También hay otras épocas, en que la especulación filosófica y la inspiración artística hicieron su morada en el desprecio del mundo, apartadas del trato común de las gentes.

Y forzoso es decirlo, Señores, aunque es de trivial observación el averiguarlo. Este divorcio puede darse en un individuo, sin mengua, ántes con provecho de los adelantos sociales; pero donde quiera que se encuentra aplicado á la universalidad de un pueblo, á la índole de una literatura, ó al carácter general de una civilización, allí el saber ha sido falso, la filosofía escéptica, el arte estéril, la civilización limitada, la condición del pueblo mísera, el gobierno de la sociedad violento, duro, tiránico.

Tal se nos presenta, Señores, en medio de su esplendor aparente, la era más culta de la antigua Grecia, y después algun período del Bajo Imperio Oriental. Allí,

donde las ciencias no llegaron á tener aplicación política, donde los filósofos no se hicieron legisladores, donde los economistas no eran gobernantes ni jurisconsultos; allí las ciencias naturales no salen de la infancia; los conocimientos morales revisten la forma de sectas ridículas ó de conjuraciones sediciosas; los filósofos se hacen sofistas, y el cultivo del entendimiento degenera en una gimnasia de ideas, ó en una vana esgrima de palabras. Extinguese allí el saber como una llama que no encuentra pábulo. Sólo el arte dura y vive.

Vive y dura, Señores, porque el arte se hace práctico y social; vive, porque se mezcla á la vida; porque toma parte en la religión y en la política; porque hermosa y anima y realza la existencia común de un pueblo apasionado y sensible. La poesía vive, porque á Homero los rapsodas le cantan, y los sacerdotes le interpretan; vive, porque Píndaro es el protagonista en los triunfos de las justas olímpicas; porque los guerreros de Esparta se excitan á la peléa con las *marsellesas* de Tirtéo; porque Sófocles y Eurípides hacen llorar y estremecer á todo un pueblo móvil é impresionable.

Las bellas artes viven, porque hay templos con estatuas, pórticos con pinturas, jardines con mausoléos. La filosofía no puede vivir, porque el pueblo que condenaba á Sócrates, y se dejaba mandar de Alcibiades, debía obligar á Platon á soñar utopías sobre un escarpado promontorio: la moral no puede adelantar, porque una civilización en que Epicteto era esclavo, debía tener por maestro á Epicuro: las ciencias no podían vivir, porque el grande discípulo de Aristóteles acudía, como una mujer supersticiosa, á consultar sobre el éxito de sus empresas los oráculos falaces de Delfos. El arte sobrevivió á